

*Asedio y ocupación de Tebas por Filipo. —Demetrio de Faros propone al rey que se convenga con los etolios y piense trasladarse a Italia. —Buena acogida que encuentra en Filipo esta sugerencia.*

Al haberse malogrado esta empresa (año -218), Filipo sentó su campo en las márgenes del Enipeo, a donde hizo venir de Larisa y de otras ciudades los aparatos de guerra que había hecho durante el invierno para sitiar a Tebas de Ftiótide. Todo el objeto de su expedición era la toma de esta ciudad, situada no lejos del mar y a trescientos estadios de Larisa. Esta plaza domina por un lado Magnesia y por otro Tesalia, pero con especialidad aquella parte de Magnesia que habitan los demetrios, y aquella otra de Tesalia que ocupan los farsalos y feriseos. Mientras los etolios poseyeron esta ciudad, no cesaron con continuas correrías de causar grandes perjuicios a los demetrios, farsalos y lariseos. Pasaron muchas veces con sus talas hasta el campo Amírico. Por eso Filipo, atento a la importancia de la plaza, ponía todo su ahínco en tomarla por la fuerza. Cuando ya tuvo reunidas ciento cincuenta catapultas y veinticinco pedreros, avanzó hacia Tebas y, dividido el ejército en tres trozos, ocupó los puestos próximos. Situó uno alrededor de Escopio, otro cerca de Heliotropio y el tercero acampaba sobre un monte que domina la ciudad. Los espacios que mediaban entre los tres campos los rodeó con un foso y dos empalizadas, y los fortificó de cien en cien pasos con torres de madera, donde puso la guarnición competente. A consecuencia de esto acumuló en un sitio todas sus municiones, y empezó a acercar las máquinas contra la ciudadela.

En los tres primeros días, como hacía la plaza una generosa y obstinada resistencia, no se pudieron adelantar las obras. Pero después que las continuas escaramuzas y la multitud de tiros acabaron con una parte de la guarnición e inutilizaron la otra, relajado algún tanto el valor de los sitiados, se aplicaron los macedonios a las minas y aunque tenían por contrario el terreno, la continuación hizo que al cabo de nueve días llegasen a los muros. Se turnó en los trabajos día y noche sin cesar, de suerte que en tres días quedaron socavados y apuntalados doscientos pies de muro. Pero como estos puntos eran muy débiles para sostener tanto peso, el muro se vino abajo antes que los macedonios les prendiesen fuego. Se trabajó después con actividad en desembarazar la brecha y disponerla para el avance, pero cuando ya se iba a dar el asalto, consternados los sitiados, entregaron la ciudad. Filipo, puestas a cubierto Magnesia y Tesalia con esta conquista, privó a los etolios de una gran ventaja e hizo ver a sus tropas la justa razón que había tenido para quitar la vida a Leontio por haber dado antes tan mala cuenta de

su persona en el cerco de Palea. Dueño de Tebas, puso en subasta los moradores que tenía, la pobló de macedonios, y en vez de Tebas la llamó Filipópolis.

Arreglado todo lo perteneciente a esta plaza, le vinieron por segunda vez embajadores de Quíos, Rodas y Bizancio y del rey Ptolomeo, para tratar de paz. Filippo les respondió, como había hecho antes, que estaba pronto a concertarla si iban primero a explorar las intenciones de los etolios, pero interiormente cuidaba poco de convenirse y sólo pensaba en llevar adelante sus proyectos. Así fue que habiendo tenido noticia de que la escuadra de Escerdiledas pirateaba alrededor de Malea, que trataba a todos los comerciantes como enemigos y que contra la fe de los tratados había apresado algunos de sus buques anclados en Léucade, equipó doce navíos con puente, ocho sin él y treinta de dos órdenes y atravesó el Euripo. Su cuidado era sorprender a los ilirios; pero todas sus miras iban dirigidas contra los etolios, ya que no sabía nada de lo acaecido en Italia. Pues no había pasado aún a Grecia la noticia de que los romanos habían sido derrotados en la Toscana por Aníbal al tiempo mismo que él estaba sitiando Tebas.

Filippo, no habiendo podido alcanzar los navíos de Escerdiledas, fondeó en Ceneas. De allí destacó los navíos con puente, con orden de tomar el rumbo de Malea para ir a Egio y Patras, y mandó pasar los demás por el istmo del Peloponeso, para que todos anclasen en Lequeo. Él, acompañado de sus amigos, partió con diligencia a Argos para asistir a los juegos Nemeos. Allí mientras que se hallaba viendo uno de los combates gímnicos, le llegó un correo de Macedonia con la nueva de que los romanos habían perdido una gran batalla y de que Aníbal era dueño de todo el país abierto. El rey mostró al momento la carta a sólo Demetrio de Faros y le previno el secreto. Demetrio se valió de esta ocasión para aconsejarle que dejase cuanto antes la guerra de Etolia y pensase en llevar sus armas contra Iliria, y de allí pasar a Italia. «Grecia toda, decía, obedece ya ahora vuestras órdenes y las obedecerá en adelante; los aqueos han entrado de voluntad en vuestros intereses; los etolios entrarán de miedo con lo que han sufrido en la guerra presente; con que sólo el paso a Italia puede seros el principio para la monarquía universal. El proyecto a nadie cuadra mejor que a vos, y la ocasión es ahora, que están arruinados los romanos.»

Un discurso semejante no podía menos de inflamar el corazón de un rey joven, afortunado en sus empresas, intrépido en sumo grado y, sobre todo, descendiente de una casa que, con preferencia a otras, había ambicionado siempre el imperio del universo. Efectivamente, aunque por entonces no descubrió el contenido de la carta sino a Demetrio, reunió después sus confidentes y tuvo un consejo para concertar la paz con los etolios. Arato gustaba de que se compusiesen las cosas, en el concepto de que, superiores como eran en la guerra, concluirían una paz ventajosa. Por eso el rey, sin esperar a los embajadores con quienes había de tratar en general del convenio, despachó al punto a Etolia a Cleónico de Naupacto, personaje que desde que había sido hecho prisionero estaba aguardando la asamblea de los aqueos. Él, mientras, tomando los navíos que tenía en Corinto y un ejército de tierra, se dirigió a Egio, donde, para no parecer que deseaba demasiado la conclusión de la guerra, se aproximó a Lasión, tomó una torre situada sobre las ruinas de esta ciudad y simuló querer atacar Elea. Después de haber ido y venido Cleónico dos o tres veces, los etolios pidieron se les admitiese a una conferencia. Filippo consintió y, suspendidas todas las hostilidades, escribió a las ciudades aliadas, exhortándolas envasen sus diputados para que interviniesen y deliberasen en común sobre el tratado. Él pasó con el ejército a acampar alrededor de

Panormo, puerto del Peloponeso, frente por frente de Naupacto, donde aguardó a los plenipotenciarios de los aliados. Mientras éstos se reunían, se hizo a la vela para Zacinto, y arreglado que hubo por sí mismo los asuntos de esta isla regresó a Panormo.